

## UNA IDEA MODERNA DE SOCIALISMO

ALFREDO REICHLIN

Artículo publicado en L'Unità, el 26 de octubre de 2004

La tarea del próximo congreso de los DS no es fácil. Se trata de organizar un planteamiento y de definir una propuesta política y programática que hable al país de forma tal que sea realmente una alternativa a la derecha.

Italia es un gran país que posee recursos extraordinarios pero las transformaciones del mundo son tales que no existen ya escenarios inmutables. Para hallar una crisis análoga deberíamos remontarnos a problemas como los que se plantearon después de la crisis de fin de siglo (el XIX), que llevaron al joven Estado unitario al borde de la disolución. Evidentemente, los problemas de hoy son completamente diferentes. La analogía se halla en el hecho de que frente a ellos únicamente la política puede tomar las decisiones que son necesarias. No bastará un planteamiento escenográfico para detener la deriva: un declive económico que se suma a un proceso inédito de desarticulación del Estado y de vaciamiento de las instituciones democráticas y jurídicas; todo ello agravado por una degradación de la vida civil y de la moral pública, hasta el punto que comienzan a notarse en falta aquellas reglas y valores fundamentales sin los que un país no logra expresar una voluntad colectiva, y en consecuencia pierde identidad y confianza en el futuro. Se ha creado un vacío muy peligroso, que sólo una nueva y audaz iniciativa política podrá llenar.

De qué tipo de iniciativa a la derecha hablamos, si no nos apercebimos de que el actual sistema político no está ya en condiciones de guiar Italia en una situación como la actual, si encima nos enfrentamos a cambios en el mundo que alteran profundamente la jerarquía entre los Estados y asistimos al creciente protagonismo de nuevos actores globales no estatales, como el terrorismo, las finanzas, las redes de información?

De ahí la importancia de la operación unitaria que la iniciativa de Prodi ha desencadenado. Ante ella, no debemos esconder los problemas e interrogantes, y también las reservas, que evidentemente existen. Pero la respuesta a estas cuestiones está en nosotros mismos: en la fuerza de nuestra iniciativa política y en la firmeza en afirmar que la razón de esta Federación no consiste en separar los “buenos” (los reformistas acreditados) de los “malos” (el mundo del malestar y la protesta), sino en guiar, orientar, dar fuerza de gobierno a un movimiento de lucha de la Italia profunda, del país civil que no acepta la decadencia.

Ahí está el problema central de nuestro Congreso. Hacer clara la idea de sociedad que tenemos en la cabeza y decir en torno a qué eje político fundamental se pueden reunir las mejores fuerzas del país. De este modo se comprenderá porqué el mayor partido de la izquierda italiana decide contaminarse con otras culturas reformistas, saliendo de sus viejos confines. Yo quiero discutir sobre esto, convencido como estoy de que si la izquierda italiana quiere tener un futuro y no reducirse a un partido territorial, de alcaldes, debe medirse con Italia y con el mundo.

Respondo así a Massimo Salvadori que, sorprendido por algunas de las firmas que suscriben la propuesta de incorporar la palabra “socialismo” a la sigla de los DS, nos

pide a mí y a otros que expliquemos qué coherencia existe entre el concreto reformismo que hemos practicado y una perspectiva socialista.

Yo respondo por mí. Y digo que no tengo nostalgia ninguna por las grandes narraciones históricas. Pero la palabra “reformismo” pierde significado si no piensa el mundo, si no abre nuevas esperanzas, si no produce una cultura, un “sentido”. Y la experiencia de los últimos años nos dice que las “terceras vías” no permiten a los reformistas colocarse como antagonistas capaces de vencer frente a la verdadera fuerza de la derecha, no sólo italiana.

Hablo de la crisis de la democracia. Esta es la cuestión. Se trata de decidir si pretendemos abrir de una vez la lucha contra la reducción de la política a fuerza subalterna del poder económico. Una lucha, sin embargo, que a diferencia del pasado no puede ser por la “clase” sino por el interés general, siendo éste el gran problema del mundo actual, un mundo cada vez más interdependiente y más expuesto a riesgos dramáticos si la conducción de los procesos de globalización sigue en manos de una reducida oligarquía financiera. Y además, si sabremos llevar esta lucha no en nombre de una vieja cultura estatalista sino del derecho de las personas a decidir su propio destino, a contar como ciudadanos y no como puntos de venta para el mercado. Algo más que palabras sobre una distribución más justa de la renta. La sociedad de mercado en la que cada uno se espabila y compra lo que puede es la peor de las injusticias: la que no permite ni siquiera pensar en alternativas porque la desigualdad se convierte en una ley de hierro.

Será capaz, la izquierda que quiere dar vida a una confrontación entre fuerzas y valores largo tiempo divididos, de comprender que el gran tema sobre el que puede construirse una cosa nueva es éste: la democracia de los modernos?

Porque es éste el tema que nos lleva a redefinir el reformismo, no – insisto – como “tercera vía” sino como respuesta al más fuerte problema estructural que está bloqueando el progreso del mundo: hablo del problema que, no un extremista peligroso, sino Giovanni Bazoli, el banquero italiano de mayor autoridad, denunciaba en la Semana social de los católicos (tomo la cita del diario de la patronal Confindustria, “Il Sole 24 ore”) diciendo que “estamos en presencia de una ruptura del equilibrio entre dos órdenes, el económico del mercado y el político de la democracia, que daba fuerza y contribuía a la fortuna del primero”.

Hemos llegado a entender que, cuando hablamos de reformismo moderno, se trata de esto, y no sólo de la reforma de las pensiones?

El problema crucial, que está disgregando las sociedades modernas y lacerando el mundo hasta el terrorismo y las guerras, es el desequilibrio creciente entre la potencia de una economía financiera y globalizada, que se ha liberado de todo límite, y la impotencia de los viejos poderes democráticos que garantizaban, a nivel estatal, los derechos sociales y de ciudadanía.

Son cosas ya dichas, pero se equivocan los que piensan que los problemas concretos son otros: Estos “concretistas” evidentemente no han comprendido todavía porque venció Berlusconi y porque su populismo (la anti-política, la delegación de todos los poderes en el “jefe”) sigue aún fuerte.

Nosotros sostenemos (con Prodi o sin Prodi) que ha llegado el momento de una gran innovación, equiparable a los mayores cambios estratégicos de la historia del movimiento obrero. Somos nosotros, por la idea que tenemos de los grandes cambios necesarios y por los intereses que representamos, quienes debemos plantearnos la construcción de una fuerza nueva para esta época histórica nueva. Tal vez la expresión suene a enfática. Sin embargo, la idea es simple.

Pienso en lo que sucedió entre los años 20 y 30 cuando se produjo el nacimiento de nuevos sujetos políticos a consecuencia del advenimiento de la sociedad de masas. En un ámbito, el socialismo produjo la gran innovación que conocemos: el Estado social, los partidos de masa, los sindicatos. Lo que permitió imponer al capitalismo un compromiso democrático (eso fue el reformismo). En otro ámbito, la derecha inventó un nuevo partido, el fascista, e hizo frente al mismo problema de la sociedad de masas construyendo el estado totalitario.

Si observamos la sociedad actual, es evidente que estamos ante otra gran mutación. “El epicentro de la modernización occidental es ahora el proceso de individualización” (M. Paci), es decir la desvinculación del individuo de las viejas pertenencias y de los viejos vínculos sociales; con las consecuencias que estamos viendo.

Por un lado, precariedad, inseguridad, exclusiones sociales, aumento de riesgos. Por otro, un potente impulso para realizarse, para ser autónomos, para afirmar nuevos derechos. Por un lado, disgregación social, egoísmo, desconfianza ante la democracia, delegación en el “jefe”. Por otro, redescubrimiento del compromiso social, voluntad de saber, voluntariado, compromiso comunitario: todos estos fenómenos que, en definitiva, son ya visibles en cualquier rincón de Italia.

Los resultados de esta contradicción están abiertos. Me pregunto, entonces, si el futuro del nuevo sujeto político no depende mucho de la capacidad para guiar una sociedad como ésta, valorizando todas las potencialidades de progreso que existen en ella.

Pero para ello, la política debe recuperar la fuerza para orientar el desarrollo y no contentarse con sufrir la hegemonía del “privatismo” y del mercado como una especie de pensamiento único según el cual la sociedad no existe y todo – incluida la vida – debe subordinarse a su lógica.

No se trata de regresar al viejo estalinismo sino de hacer frente a la derecha en nombre del hecho de que un trabajo cada vez más personalizado e inteligente se ha convertido en el elemento clave de una sociedad moderna y avanzada. Pero esto pide nuevos derechos y expresa nuevas necesidades de relación y de diálogo con los demás.

Por lo tanto, hay que poner en marcha nuevos bienes públicos.

Por lo tanto, hay que afirmar una idea de libertad cuyo sentido sea que no podemos ser libres en solitario, sino con los demás, únicamente en diálogo con los demás.

Por lo tanto, hay que someter a una crítica implacable la disolución actual de los vínculos sociales.

Esta crítica, quién puede efectuarla, sino una izquierda que salga de sus viejos confines sin renunciar per ello a elaborar una idea moderna de socialismo?